

El miércoles 7 de abril de 1926, a las once de la mañana, una mujer de 50 años, soltera y sin compromiso, intentó matar a *Benito Mussolini* en ese simpatizante centro del mundo que es la plaza del Campidoglio de Roma. La agresora, *Violet Gibson*, era lo que podemos llamar, con comodidad clasista, una dama irlandesa de muy buena familia. El agredido, a la sazón el hombre más poderoso de *Italia*, un peligroso y carismático aventurero que pretendía reeditar las glorias de Julio César —o, mejor, de su sobrino Augusto— y contribuiría no poco a desencadenar el mayor desastre causado por seres humanos que registra el libro negro de la *historia*. El por aquel entonces ya fallecido padre de Violet, el *tory* Edward Gibson, primer barón de Ashbourne, había iniciado en la década de 1870 una exitosa carrera política que le había llevado muy joven a sentarse en la Cámara de los Comunes y que había coronado en su madurez ocupando por tres veces, entre 1885 y 1905, el relevante cargo de lord canciller de Irlanda. Cuando era una damisela de poco más de 20 años, la futura agresora del fundador del fascismo incluso había visto como se alojaba en su casa el duque de York, nieto mayor de la reina Victoria, que años después se convertiría en el rey Jorge V de la Gran Bretaña e Irlanda.

La atacante quedó a un paso de conseguir su propósito: un casual y súbito giro de cabeza del Duce hizo que la bala, disparada a quemarropa, sólo le rozara el rostro. La honorable Violet (tratamiento que merecía como hija de un lord) tuvo tiempo de efectuar un segundo disparo, pero la bala se encasquilló en la recámara. Mussolini salió del trance con una herida superficial en plena nariz que no requirió excesivas atenciones médicas, aunque sí la colocación de un aparatoso esparadrapo. De todos modos nunca nadie estuvo tan cerca de matar al histriónico dictador italiano, si exceptuamos, claro está, a los partisanos que lo interceptaron en abril de 1945 cuando huía hacia Alemania y acabaron con su vida. La policía consiguió a duras penas que la enfurecida multitud reunida en la plaza para vitorear a su ídolo no linchara en el acto a la extraña pistolera, que fue golpeada, detenida y encarcelada. Después de un año de anómala instrucción y recurrentes

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 3
2014/1
ISSN 2255-2022

FRANCES STONOR SAUNDERS, *La mujer que disparó a Mussolini*, traducción de José Manuel Méndez, Capitán Swing, Madrid, 2013, 431 pp. ISBN 978-84-941690-9-0. (*The Woman Who Shot Mussolini*, Faber & Faber, Londres, 2010)



Palabras clave:
historia
Mussolini
Violet Gibson



gestiones del gobierno y la embajada británicas (pertenecer a la aristocracia tenía y tiene privilegios), el proceso concluyó declarándola demente, con lo que fue entregada a su familia para que la internara en un establecimiento psiquiátrico inglés. La frustrada magnicida, incapacitada legalmente a causa de esa locura que la sacó de la cárcel, ya no disfrutaría de libertad en los 30 largos años que aún le restaban de vida: los pasó encerrada entre los muros del manicomio. Una larga condena, sin duda.

El libro que nos ocupa analiza –desentraña– ese oscuro episodio en profundidad y reconstruye la peripecia vital de su principal protagonista, es decir, de *La mujer que disparó a Mussolini*, a la vez que introduce como contrapunto una somera mirada a la biografía de este último, una víctima nada inocente, por cierto. Y lo hace mediante una narración de agradable lectura, pensada para llegar y satisfacer a un gran público, sin que ello implique sacrificar la precisión, el rigor, el compromiso con la veracidad y el resto de usos que distinguen a los verdaderos historiadores de otros contadores de historias (novelistas en especial), ajenos a las normas específicas de la disciplina.

La historia episódica –esa *histoire événementielle* que disgustaba tanto a Lucien Febvre y a Fernand Braudel– nunca ha pasado de moda. Como no ha pasado su hermana la biografía. Hubo un ya lejano tiempo en que voces autorizadas (entre otras las de los citados *annalistes* franceses) se alzaron contra una y otra, unidas ambas en su concepción de la historia como indagación de lo particular. Con razón –y con razones– se atacó a la primera por superficial (“una historia de superficie, una espuma”, decía Febvre) e incapaz de asumir un estatus de cientificidad. Y a la segunda por elitista y poco crítica, por fijarse exclusivamente en los considerados “grandes hombres” y tender a idealizarlos. Construir una historia más compleja y más profunda, más atenta a la larga duración, a lo general, a lo estructural, a lo social, a lo económico y a lo cultural (aunque lo cultural fue lo que entró más tarde en el reparto), exigía emprender una ofensiva contra la hegemonía de una manera de enfocar el estudio del pasado demasiado apegada al acontecimiento –principalmente político– menudo y único, y a personajes extraordinarios y asimismo

«El libro que nos ocupa analiza –desentraña– ese oscuro episodio en profundidad y reconstruye la peripecia vital de su principal protagonista, es decir, de *La mujer que disparó a Mussolini*, a la vez que introduce como contrapunto una somera mirada a la biografía de este último, una víctima nada inocente, por cierto»

únicos. Ello no significa que esa historia que se veía como vieja –los críticos presentaban su producción como una “nueva historia”, y no cabe duda de que lo era– y que mostraba evidentes signos de anquilosamiento, no hubiera rendido importantes servicios al saber ni que mereciera ser arrojada, sin más y al completo, al cubo de la basura. Ni que se dejara ni un solo momento de practicar, incluso al precio de experimentar notables cambios. Cuando una vez pasado el virulento sarampión “estructuralista” algunos autores hablaron –e incluso lo celebraron– del retorno del acontecimiento, y con él de sus compañeros la narración y el sujeto, en el fondo erraban: nunca se habían marchado del todo; ni siquiera habían perdido el favor del gran público. En todo caso, su tratamiento había ido mutando a poco a poco.

En los tiempos que corren, más eclécticos, más descreídos y menos obsesionados por añadir al sustantivo “historia” el adjetivo “científica”, los devotos de Clío no se dejan llevar con tanta alegría a combates de ese tipo. No hay una vía recta y segura para alcanzar el conocimiento histórico, pero sí muchos caminos transitables, prometedores y alternativos para aumentar lo que sabemos y lo que entendemos del pasado humano. Y es preferible tomar uno u otro según cuál sea el lugar al que se quiera llegar. El estudio de un episodio histórico (o de la vida de cualquier individuo, extraordinario o corriente), bien orientado, puede proporcionar al historiador dos frutos que por su relevancia no debe desdeñar: le puede facilitar el acceso al público –a mayor pretensión de científicidad por parte de la historia, más jerga apta sólo para iniciados y menos capacidad de conexión con los lectores no especializados– y lo pone en condiciones de interrelacionar el embrollado conjunto de variables que se cruzan en cualquier acontecimiento histórico (o en cualquier recorrido vital), dotando a la indagación de esa profundidad y esa complejidad que otrora se echaban en falta. Dominick LaCapra —un muy reputado profesor de la neoyorkina Cornell University– ha recordado que historiar consiste, para muchos historiadores, en contextualizar. Y para contextualizar, añadimos nosotros, se exige definir el pertinente contexto, construirlo y ordenarlo. Si se hace bien,

«Construir una historia más compleja y más profunda, más atenta a la larga duración, a lo general, a lo estructural, a lo social, a lo económico y a lo cultural, exigía emprender una ofensiva contra la hegemonía de una manera de enfocar el estudio del pasado demasiado apegada al acontecimiento —principalmente político— menudo y único, y a personajes extraordinarios y asimismo únicos»

contexto y episodio (o biografía individual) dialogan, se entretajan y se compenetran. Lo específico y lo general se iluminan mutuamente: saber más del episodio (o de una vida singular) implica tanto aclarar su contexto como mirar éste desde una perspectiva nueva e insólita y descubrir en él facetas antes ignoradas o infravaloradas. El episodio o la vida se convierten en microcosmos reveladores de un macrocosmos más amplio (incluso de más de uno). Por ello, y pese a lo que creen algunos, no parece que esa reconsideración de lo particular implique una resurrección del añejo historicismo.

Es ese tipo de enfoque el que Frances Stonor Saunders adopta en esta obra tan amena como interesante. Stonor Saunders no es una historiadora descendida de las alturas de la academia para asperjar gotas de sabiduría entre la masa ignorante. Aunque formada como medievalista, su trayectoria profesional se halla completamente vinculada a los medios de comunicación (tanto escritos como audiovisuales), trabajando para los cuales se gana la vida. Ha destacado como realizadora de documentales de temática histórica para la televisión inglesa, como presentadora y colaboradora de programas de radio (también centrados en la historia) y como autora de textos para prestigiosas publicaciones como el diario *The Guardian*, el semanario *New Statesman* –del que llegó a ser editora de arte y editora asociada– y la revista de arte *Areté*. Su exitoso primer libro *Who Paid the Piper?: CIA and the Cultural Cold War* (en los Estados Unidos publicado con el título de *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*) salió a la luz en 1999 y se tradujo al castellano en 2001 como *La CIA y la guerra fría cultural*. Su segundo libro, *Hawkwood: Diabolical Englishman* (en Estados Unidos *The Devil's Broker*), data de 2004 y se centra en la figura de John Hawkwood, *condottiero* inglés famoso en la Italia del siglo XIV, donde era conocido como Giovanni Acuto. *The Woman Who Shot Mussolini*, publicado en 2010 y ahora vertido al castellano es, por tanto, su tercer libro.

Historiadora metida a comunicadora o comunicadora salida de las aulas oxonienses con un notable bagaje histórico, tanto monta, monta tanto. Lo importante es que esa doble experiencia se combina afortunadamente en

«*Stonor Saunders no es una historiadora descendida de las alturas de la academia para asperjar gotas de sabiduría entre la masa ignorante. Aunque formada como medievalista, su trayectoria profesional se halla completamente vinculada a los medios de comunicación*»

este caso para ofrecer un producto que –ya lo hemos dicho– cumple los requisitos necesarios para considerarlo un libro de historia sin adjetivos y, sin menoscabo de ello, susceptible de ser leído con delectación.

En efecto, *La mujer que disparó a Mussolini* se acerca al *asesinato* frustrado del dirigente fascista y a su autora desde una perspectiva que tiene sobre todo en cuenta los intereses del lector culto medio, pero que no cae en concesiones a la galería que pudieran irritar a los guardianes de la ortodoxia académica. Una aproximación episódica a lo “vieja historia” quizá se habría limitado a establecer las causas, el desarrollo y las consecuencias del suceso, probablemente a tratarlo como un atentado más de los varios que sufrió el endiosado Duce en aquellos tiempos posteriores al caso Matteotti. Frances Stonor Saunders, sin embargo, seducida sin duda por la locura homicida de Violet Gibson, no se conforma con recorrer ese trillado camino, sino que además se entretiene en dibujar los diversos entornos de la protagonista –familiar, social, histórico– lo que le permite identificar las poderosas fuerzas que interactuaban de forma conflictiva a su alrededor y, así, problematizar su estado mental (y dejar al lector la última palabra).

La infancia irlandesa de Violet, su adolescencia entre aquella “gente con clase” que formaba la élite dublinesa sirve para destripar a su ya en sí anómala familia, los Ashbourne. El rutilante padre, metido en política bajo el patrocinio nada menos que de Benjamin Disraeli y destacado “unionista”, acaba recibiendo un título nobiliario en premio a su fidelidad y sus servicios a la corona británica. Su hijo mayor, Willie, aborrece la dominación inglesa, se alinea con el nacionalismo irlandés, se convierte al catolicismo y elige para rezar el gaélico, aunque reside la mayor parte de su vida en la dulce Francia (su esposa descendía de una distinguida familia de hugonotes). El segundo hijo, Harry, nada rebelde, encarna muy bien la vida desahogada de la nobleza de entonces, destacando como deportista y como tirador de rifle y pistola. Un tercer hijo, Víctor, también sale al padre: tan unionista como imperialista, participa en la guerra de los Bóeres, donde es hecho prisionero. La madre, Frances, se destaca como ferviente devota de la ciencia cristiana inaugurada por Mary Baker Eddy (para la

«En efecto, La mujer que disparó a Mussolini se acerca al asesinato frustrado del dirigente fascista y a su autora desde una perspectiva que tiene sobre todo en cuenta los intereses del lector culto medio, pero que no cae en concesiones a la galería que pudieran irritar a los guardianes de la ortodoxia académica»

cual la enfermedad era una ilusión, un fenómeno mental que podía disiparse mediante la oración diaria y el ejercicio) y hace de la mansión familiar un lugar de reunión para muchos adeptos irlandeses a este culto. Una hija, Frances como la madre, también se convierte en ferviente seguidora de la ciencia cristiana, iglesia en expansión que es detestada abiertamente por Violet, que durante un tiempo se acerca a la teosofía de Helena Blavatsky y que acaba ingresando, como su hermano mayor, en las filas del catolicismo romano, lo que la distancia terriblemente de sus padres. Otra hija de los Ashbourne, Elsie, se casa con un linajudo lord, como corresponde a la encumbrada posición familiar (también su hermana Frances se casó con un encopetado miembro de la aristocracia). La hija pequeña, Constance, queda célibe y asume que ha de permanecer en casa para cuidar de sus padres. Ese destripamiento de la vida familiar, al obligar a establecer su contexto, hace posible que el lector entre en provechoso contacto con temas y problemas de gran importancia histórica que son iluminados por Frances Stonor Saunders al poner a los Ashbourne bajo el foco: el conflicto irlandés, el imperialismo británico, la efervescencia religiosa de la época, la educación y la sociabilidad de la aristocracia, las condiciones de vida de las mujeres clase alta...

Mientras Violet Gibson reside en la planta alta del edificio social, Mussolini vive mucho más abajo. No sale del sótano (su padre era herrero y su madre maestra), pero su mundo está a años luz de distancia de los finos oropeles del Dublín señorial. La autora acierta a trazar a grandes rasgos su infancia, adolescencia y primera juventud: su inadaptación a la escuela, primero como alumno violento y después como maestro tiránico, su huida a Suiza para eludir el servicio militar, su maximalismo revolucionario, su arresto por vagancia en Basilea... Más adelante también acertará a resumir su donjuanismo, su acceso al poder, su conversión en dictador, sus aventuras coloniales, su caída propiciada por su propio partido en plena guerra mundial (convertida en un desastre para Italia), su rescate por Hitler, o su muerte desastrosa. Durante buena parte del libro ese contraste entre las experiencias de Violet y las de Beni-

«Durante buena parte del libro ese contraste entre las experiencias de Violet y las de Benito animan con habilidad el texto, salpimentándolo con datos de muy amplio conocimiento entre los expertos, pero difícilmente al alcance del lector no especializado»

to animan con habilidad el texto, salpimentándolo con datos de muy amplio conocimiento entre los expertos, pero difícilmente al alcance del lector no especializado.

El itinerario espiritual de la señorita Gibson es otro ámbito donde dialogan biografía y contexto. La conversión de Violet al catolicismo a los veintiséis años de la mano de su hermano, muy mal recibida por sus padres, fue el resultado final de la búsqueda espiritual, tortuosa y poco común, ya aludida. Significó la desaparición de la honorable dama de las notas de sociedad de la prensa británica (“convertirse” al catolicismo era, para los protestantes biempensantes, “pervertirse”, lo que se castigaba con la exclusión de su mundo). Significó también la entrada de la neófita en una Iglesia que ella creía verdadera, pero con la que, en aspectos muy importantes, estaba profundamente disconforme. En efecto, tanto Willie como Violet Gibson merecen la consideración de católicos “modernistas” y liberales, es decir, enormemente críticos con las posturas autoritarias y reaccionarias de la sede papal, con la que estaban condenados a chocar. El principal “modernista” irlandés del momento, el teólogo jesuita George Tyrrell, amigo íntimo de Willie, acabó excomulgado. En la opinión de aquellos heterodoxos tan incómodos para Roma—donde solían ser vistos como heréticos o como gente en el camino de serlo— el cristianismo había de adaptarse, y no resistir, a las fuerzas del progreso. Ello implicaba que, además de un reto teológico, su opción incorporara un fuerte compromiso social y político: la misión del cristiano es cuidar de los pobres (de donde se sigue que se haya hablado, en relación con ellos, de un “socialismo cristiano”), el papado debería ser el guardián de la libertad, la Iglesia católica debería romper con los regímenes monárquicos y absolutistas...

La actitud de Violet no se correspondía, por tanto, a la incorporada al prototipo de “papista” construido por el protestantismo inglés. La manera en que Stonor Saunders ilumina las aristas religiosas de la sociedad británica de la época—donde la conversión al catolicismo era entendida como algo poco menos que antipatriótico y, a la vez, los “católicos viejos” veían a los conversos como gente voluble y los trataban con cautela— ejemplifica excelentemente

«Muy acertadamente la autora del libro intercala la información sobre estas manifestaciones de los desórdenes mentales de Violet Gibson con un relato del ascenso y consolidación de Mussolini al frente del estado italiano, y con lo que ello significó de instauración de un régimen de violencia institucionalizada y de retroceso progresivo, hasta su práctica extinción, de las formas constitucionales liberales y democráticas»

te como un caso ayuda a esclarecer un contexto. Para el lector español, además, seguramente constituye una buena oportunidad para poner atención en ese catolicismo contestatario que, pese a los constantes golpes que sobre sus espaldas han descargado papas y más papas, no ha dejado nunca de existir y reinventarse en los dos últimos siglos, desde Félicité de Lamennais hasta Leonardo Boff. Es bien sabido que para el catolicismo carpetovetónico de los tiempos de Violet Gibson, gran vivero de carcas (en el libro aparece incluso uno de ellos, y no precisamente de los menos ilustres, el cardenal Rafael Merry del Val, criticando un artículo de Willie en que glosaba a Tyrrell y felicitando por mandato del Papa al Duce por haber salido casi ileso del atentado), el liberalismo, defensor de la libertad de pensamiento, era, como mucho, un mal menor, y corrientemente pecado.

Y es con esa especie de puré mental que la protagonista del libro acabó por hacer suyo (el protestantismo mamado en la cuna, la mística de la ciencia cristiana, el sincretismo de la teosofía, la heterodoxia de un catolicismo contra corriente) con lo que hay que relacionar sus “rarezas”. Rarezas homicidas, cabe añadir: tres años antes de disparar sobre Mussolini, Violet ya agredió con un cuchillo a la hija de la señora de la limpieza de la casa en que vivía en Londres y a otra paciente del sanatorio psiquiátrico donde fue recluida a consecuencia del aquel hecho. Tardó seis meses en recibir el alta tras seguir el pertinente tratamiento. Es más, antes de intentar matar a alguien por vez primera, aseveró que el Papa había traicionado a la Iglesia y que merecía ser eliminado, aunque también dijo que le repugnaba la idea de que “los católicos buenos y piadosos pueden considerar que está bien matar”. Pero muy pronto sus emociones se rebelaron contra tal repugnancia y “su intelecto la llevó inexorablemente —explica Frances Stoner Saunders— a la teología del asesino”. Tras sus dos primeros intentos de homicidio y el internamiento psiquiátrico anejo se trasladó a una Italia conmocionada por el asunto Matteotti, quizá pensando en liquidar al Papa, pero acabó tratando de matar a Mussolini. Un año antes de acometer

tal empresa, de manera inesperada y sorpresiva, intentó suicidarse pegándose un tiro en el pecho que no la quitó de en medio de puro milagro.

Muy acertadamente la autora del libro intercala la información sobre estas manifestaciones de los desordenes mentales de Violet Gibson con un relato del ascenso y consolidación de Mussolini al frente del estado italiano, y con lo que ello significó de instauración de un régimen de *violencia* institucionalizada y de retroceso progresivo, hasta su práctica extinción, de las formas constitucionales liberales y democráticas. Angelo Tasca sostuvo que la mejor manera de definir el fascismo es, ante todo, escribir su historia. Stonor Saunders se aplica a dibujar, con erudición suficiente, el camino que marcó la conversión de Italia en “el teatro de la locura” (ese es el título que pone a uno de sus epígrafes) del experimento mussoliniano. Ian Thomson, en la reseña que publicó en *The Observer* cuando salió la edición original inglesa de este libro, afirmó que era “*one of the fines studies of Italian fascism I have read*”. No sé si llegar a tanto, pero tampoco negaré que la exposición merece parabienes de esa guisa. A veces tendemos a ver los procesos históricos como algo predeterminado. La lectura de esas interesantes páginas nos desmonta esa perezosa visión al ponernos al descubierto cuánta improvisación, cuánta arrogancia y cuánto narcisismo, cuántas tensiones entre los propios actores, cuánta elección confusa ante contingencias alternativas, cuántas inconsistencias ideológicas, coincidieron para crear y fortalecer aquel monstruoso aparato político.

La anatomía del instante en que Violet Gibson disparó a Mussolini ocupa muchas páginas del texto, que se acompaña de varias fotografías publicadas en la prensa de la época sobre el hecho y otras procedentes de fuentes policiales. El esfuerzo de la autora por complementar su relato con este tipo de material se agradece a todo lo largo de la obra, pero más en los momentos que aborda específicamente la tentativa de asesinato. Una tentativa que hay que situar como un eslabón especialmente anómalo de una cadena más larga de atentados siempre fracasados de la que se deja suficiente constancia: entre noviembre de 1925 y octubre de 1926 el Duce fue el objetivo de

otros tres intentos de asesinato, alguno con una potente estructura conspirativa detrás. No era, pues, completamente descabellada la apuesta de la policía por encontrar un complot político –y no tardó en hallar algún indicio– tras el acto criminal de aquella extraña señora. Ella, sin embargo, dio dos versiones muy distintas para motivar su acción. En los primeros interrogatorios explicó que lo había hecho por imperativo divino: disparar a Mussolini era glorificar a Dios, que incluso le había mandado un ángel para mantener el equilibrio mientras ella disparaba. En una declaración posterior confesó que lo había hecho por amor: Giovanni Colonna, duque di Cesarò, de la que estaba enamorada, se había convertido en opositor a Mussolini, y aquello era como la prueba de su entrega. Se investigó el papel del duque –que cabe pensar que no tenía ni idea de contar con semejante admiradora– como posible instigador, y no se llegó a ninguna parte. ¿Locura de amor sagrado o locura de amor profano?

Los dos términos de esa dicotomía no son, claro está, mutuamente excluyentes, aunque es indiscutible que pesaba mucho más el primero que el segundo. Mientras Violet estaba encerrada en la cárcel de Regina Coeli una reclusa imprudente garabateó en un pedazo de papel un ¡Viva Mussolini! y lo agitó ante sus narices. Nuestra dama respondió con gran violencia: utilizó un pequeño martillo que tenía a su alcance para golpear en la cabeza a la provocadora, que ingresó en la enfermería con una conmoción cerebral. “Era contrario a la voluntad de Dios que Mussolini continuara existiendo”, declaró Violet para justificarse. Con ello pasó de la cárcel al manicomio y de las manos de los policías a las de los psiquiatras. La diplomacia británica, que se empleó a fondo (¿habría mostrado tanta intensidad si la acusada no fuera una aristócrata?), y la selecta familia de la encausada, cogidas por sorpresa en un primer momento, empezaron a presionar para asegurar un dictamen de irresponsabilidad. Contrataron a un buen abogado italiano y no dejaron de intentar influir en el propio Duce, convencido por su parte de que aquello había sido la obra de una peligrosa lunática. Si se tardaron dos años en completar el procedimiento judicial fue, sin duda, por la situación de enfrentamiento interno entre el

ala moderada y el ala radical que había en el seno del gobierno fascista en aquellos momentos y que interfirió en este peliagudo asunto. Entre los moderados se situaba el ministro del Interior, Luigi Federzoni, que quería quedar bien con los británicos; los radicales opinaban que no se podía dejar sin castigo ninguna agresión al Duce, ya que eso se interpretaría como un signo de debilidad, mientras que alimentaban la teoría de la conspiración. Al final, la locura de Violet fue sentenciada en los tribunales y el poder fascista dio, a la vez, otra vuelta de tuerca hacia la brutalidad. Los magnicidios no consumados de aquellos meses fueron el catalizador de un considerable endurecimiento de las leyes represivas italianas, lo que aseguró su conversión en un duro régimen policiaco.

La estancia de la mujer que disparó a Mussolini en el St. Andrew's Hospital de Northampton, ocupa varios epígrafes del libro. Si estaba loca, su lugar era el manicomio. Privado, por supuesto. Los Ashbourne la asumieron como una carga, no como una enferma que merecía atención y cariño. La excepción fue su hermana Constance, la célibe, que era la única que la visitaba con cierta frecuencia al convertirse en su tutora legal. Apartada del mundo, silenciada, oculta, abandonada en lo que Stoner Saunders llama "el calabozo de la historia", los demás, en la práctica, la ignoraban. El coste de los cuidados se cubría con el legado que le habían dejado sus padres, pero las turbulencias financieras de los años treinta y de la guerra se comieron el capital. La familia optó por reducir los gastos y, aunque no la cambió de establecimiento (Violet pidió sin éxito que la trasladaran a un convento católico), poco a poco sus condiciones de vida fueron menos confortables. La derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial implicó que los otros asesinos frustrados de Mussolini salieran en libertad, incluso adornados con el aura de héroes. Violet Gibson siguió confinada hasta su muerte, pese a todas las peticiones que realizó para abandonar el St. Andrew's. Cuando murió, su sobrino ni siquiera respetó sus últimas voluntades sobre cómo y dónde quería ser enterrada.

La autora del libro aprovecha tal conjunto de avatares para iluminar, de nuevo, un contexto. O mejor dicho, para enlazar lo particular y lo general en un par de aspectos

importantes. Por un lado, nos topamos con la exclusión social de los locos y con las inseguridades y los prejuicios de la psiquiatría de entonces. El libro contiene por doquier instructivas observaciones sobre la definición y el tratamiento (me resisto a usar la palabra terapia), en aquellos años, de las enfermedades “nerviosas” de las mujeres, una temática que se acentúa en los epígrafes finales. El enfoque narrativo de Stoner Saunders está muy alejado de las pretensiones teóricas de un Foucault, pero es muy eficaz para transmitir la idea de que en los tiempos modernos no se ha sabido muy bien qué hacer con los “dementes”, como no haya sido encerrarlos. Alusiones a los casos de otras notables damas británicas que ingresaron en clínicas mentales, como Virginia Woolf o Lucia Joyce —la hija de James Joyce que también habitó el St. Andrew’s— complementan las reflexiones que suscita la peripecia frenopática de Violet Gibson. Por otro lado, percibimos, aunque sea muy débilmente (quizá porque esto no figuraba entre los objetivos de la autora) lo que podemos llamar el inexorable declive de la aristocracia británica. La narración permite entrever cuán diferente era el mundo del primer lord Ashbourne (el padre de Violet) del que envolvía al tercer lord (el vicealmirante Edward Gibson, el sobrino de Violet que fue su último tutor legal, y para quien aquella tía loca sólo constituía una molestia incómoda heredada junto al título). El entorno en que se movían uno y otro eran distintos y distantes. Ignoro, aunque lo dudo, si asimismo eran tan dispares en sus valores y su trato social.

A la autora no le cabe duda de que la honorable Violet Gibson debe ser considerada loca, al menos una parte del tiempo, pero de ello no se debe concluir, nos dice, que “la totalidad de su vida se deba reescribir para adaptarse a esta conclusión”. En un momento dado, Dios le había ordenado disparar sobre Mussolini y ella, simplemente, lo hizo. Los brotes de psicosis homicida aparecieron ya en su madurez. Y tras su intento de matar al Duce, el principal problema de los psiquiatras estribaba en cómo explicar que aquella “enferma mental” se comportara corrientemente de manera “normal”, haciendo incluso uso de los más refinados modales.

Toda fe religiosa es, en mi modesta opinión, una concesión a la irracionalidad y, por ello, puede ser entendida como un punto de partida hacia la locura. Pero tener fe, cualquier fe, no significa por regla general padecer ningún trastorno mental; tampoco estar condenado a padecerlo en el futuro. Creer en Dios no predispone a la locura más que ser ateo o agnóstico. Los creyentes no suelen escuchar la voz de Dios ordenándoles que maten a sangre fría a nadie (ni siquiera suelen escuchar la voz de Dios, si no es en un sentido metafórico). Ahora bien, las experiencias místicas —es decir, aquellas en que un ser humano de carne y huesos se siente en comunicación directa con una divinidad inmaterial e inefable— son un terreno donde la cordura y la locura se rozan e incluso se confunden. Y considerarlas de un modo u otro depende, sobre todo, del contexto. Del contexto histórico, obviamente. Teresa de Ávila, una de las santas favoritas de Violet Gibson, refirió con prosa excelente los detalles de sus extraordinarios éxtasis, fue canonizada en 1622, cuarenta años después de su muerte, y en 1970 el papa Pablo VI la declaró doctora de la Iglesia. Es bien sabido que ese resultado tan halagüeño fue uno entre otros posibles. Por el mismo tiempo que la monja carmelita sentía el impacto gozoso del dardo divino (Bernini lo plasmó con insuperable maestría en una de las esculturas más bellas y famosas de toda la historia del arte), otros místicos castellanos, los “alumbrados”, decían también intimar con Dios y recogieron como único premio una persecución inmisericorde por parte de celosos inquisidores. El relato de por qué Teresa no fue considerada una alumbrada más, sino una mística “ortodoxa”, es interesante y aleccionador, pero no puede ser contado aquí. Lo importante es que unos y otra, los alumbrados y santa Teresa, en la época en que vivieron Violet Gibson y Benito Mussolini habrían sido —y aquí dudo entre poner “quizá” o escribir “con toda seguridad”— tildados de locos, lo que era impensable para la mentalidad compartida por las gentes del siglo XVI, y hubieran acabado en la consulta de un psiquiatra o encerrados en un sombrío manicomio. Historiar, hay que insistir, es contextualizar.

«los novelistas se permiten un trato con la fantasía y la imaginación que está, más allá de cierto punto crítico, prohibido a los historiadores por buenos comunicadores que sean»

No albergo dudas de que *La mujer que disparó a Mussolini* gustará a muchos lectores. La *novela histórica* ha gozado y goza de gran éxito, y no se necesita estrujarse mucho el cerebro para descubrir buenas razones para ello. La historia sin novela, cuando está bien narrada —y sobre todo si relata acontecimientos o vidas sorprendentes—, puede ser una lectura aún más estimulante. No siempre la realidad supera a la ficción, pero sí que lo hace en numerosas ocasiones. Tengo la impresión, además, de que es más fácil escribir una novela histórica que un buen libro de historia como éste. A fin de cuentas, los novelistas se permiten un trato con la fantasía y la imaginación que está, más allá de cierto punto crítico, prohibido a los historiadores por buenos comunicadores que sean. Afirmar de un libro de historia que se puede leer como una novela —con la facilidad que se lee una novela— no siempre es un piropo, ya que se puede interpretar como una alusión velada a una falta de seriedad y rigor. No es nuestro caso. Frances Stonor Saunders ha escrito un buen libro de historia que se deja leer como una entretenida novela. La afirmación, esta vez, quiere ser un elogio.

Joan J. Adrià i Montolío